

## RELATO



MARÍA JESÚS DURÁN

---

### ANTONIO

En aquel pueblo de veraneo solíamos jugar al anochecer. Durante el día, sin duda, lo impedía el peculiar protagonismo del sol. Claro está que, excepcionalmente, llevados por ese ímpetu que acarrea la aventura, en más de una ocasión, mi hermano Antonio y yo, secretamente y en plena solanera, sin hacer la siesta, encaminábamos nuestros pasos más allá de la vieja aldea. Sólo permanecían en pie el molino y la torre de la iglesia.

Ruinas que ya no proporcionaban ni un mínimo de calor vital, pero que subsistían en nosotros como memoria saturada de pasado y tristeza. Leyenda que los viejos referían de niños devorados por termitas, cunas colgadas de las traviesas, mujeres en eterna duermevela junto a maderas podridas, cosechas arruinadas y huertas, donde ahora proliferaban las malas hierbas, zarzales, aliagas, ortigas, retamas, y alguna comadreja.

Muy cerca de allí el río Gualija, con sólo dos o tres charcos, que es lo que quedaba de él en verano. Qué bonito aquel recodo después de nacer en la Sierra, recorriendo su camino entre chopos, sauces, peruéanos, higueras. Sobre algunas barrancas y umbrías frescas, retazos de alcornocal, acebuches, aulagas, tomillos y esparragueras. Y otras algarabías, como el búho en la maleza, los abejarucos, las tarabillas, los milanos, las ratoneras. En lo alto del cerro, las buitreras, peñas más grandes que torres, con agujas en las crestas. Paisaje indescriptible por hermoso. Como aquel verano expectante, repleto de aventuras..., de cosas nuevas.

Yo solamente mojaba mis pies en el río, me bastaba con observar la naturaleza. Lagartijas, salamanguesas, libélulas de refulgentes tonos, como sol de mediodía, multitud de renacuajos, cangrejos, pececillos, galápagos entre guijarros asomando sus

cabezas. Con aquel afán infantil de preguntar y la mirada encendida mendigaba la atención de mi hermano, aunque mi curiosidad, a veces, maldecía. ¡Empacho de niña! Pero siempre me explicaba todo lo que yo no veía.

Un día que volvíamos a casa por el camino del Guzmanillo, ese camino que nos llevaba directamente a la infancia, a la suya y a la mía, en la linde del prado, en esa zona donde el arroyo no alcanza más que unos cuantos centímetros de altura, en una extensión de hierba y bajo la sombra de las encinas, distinguimos varias perdices revoloteando y alimentándose de semillas.

“Mira, allí, en lo alto de aquella cresta, un halcón vigía, observa cómo desciende por la ladera”.

Vuelto hacia el sol, de manera que su sombra no le precediera, el pájaro, con las alas dobladas a medias, como una bala, se lanzó a por ellas. Las perdices alzaron el vuelo, pero el halcón alcanzó a la más lenta. Y luego, cazador y presa, con la perdiz ya muerta, remontaron la ladera hasta desaparecer más allá de la cresta.

No me eché a llorar. Ni me afligí. Mi hermano poseía la facilidad de hacerme entender La Naturaleza.

“Esa perdiz no tendrá descendencia, de esa manera, habrá menos perdices lentas.”

La mayoría de la gente no sabe que es posible hablar en un tono que hace que el sonido de la voz se parezca al viento en los árboles. Así era como hablaba Antonio cuando pasábamos casi toda la tarde a la espera para poder escuchar el paso del zorro volviendo a su madriguera. Primero se le oía muy lejos, después cada vez con más fuerza, incluso chapotear en el arroyo con la lengua fuera. Luego, de manera despreocupada, moviendo aquella preciosa cola, trotaba por la ladera. En ocasiones se detenía, alzaba una pata y movía la cabeza, como si estuviera calculando la distancia que le separaba de la madriguera. Antonio me dijo que aquel zorro viejo estaba tan seguro de sí mismo que le tenía sin cuidado lo cerca que estuviéramos, porque se detuvo y nos miró con los ojos arrugados, como si sonriera. Me explico que un día, estando junto al árbol hueco donde tenía la madriguera, pudo escuchar sus placidos ronquidos, sin que el zorro lo advirtiera.

Hoy me invade una extraña ligereza; esos recuerdos me permiten pasar sin apenas esfuerzo, a otra realidad, a otras maneras. Ante el ojo de mi memoria vacilan imágenes luminosas. ¿Cómo puedo estar contigo y no verte? Éste es el misterio que me desconcierta. Soy como esa criatura al que le duele una muela y, a pesar del dolor, no deja de palpar con la punta de su lengua. Remuevo en esa herida y es entonces cuando la realidad de mí se apodera. Es extraño, hermano, la manera en la que los recuerdos se alojan en la cabeza. Unas historias van delante y otras se destejan. Algunas se perciben con tanta intensidad, que enciende el deseo de hacerlas perdurables aun a sabiendas del dolor que acarrearán. Y de repente comprendo, que el pasado, es el único refugio que me queda.